



REVISTA DE LITERATURA, CIENCIA Y ARTE CRISTIANO

ÉPOCA 5.<sup>a</sup> — AÑO XIII. — TOMO XI.

NÚMERO 9. — Madrid 25 de Marzo de 1888.

BIENOTECOA  
MUNICIPAL  
MADRID

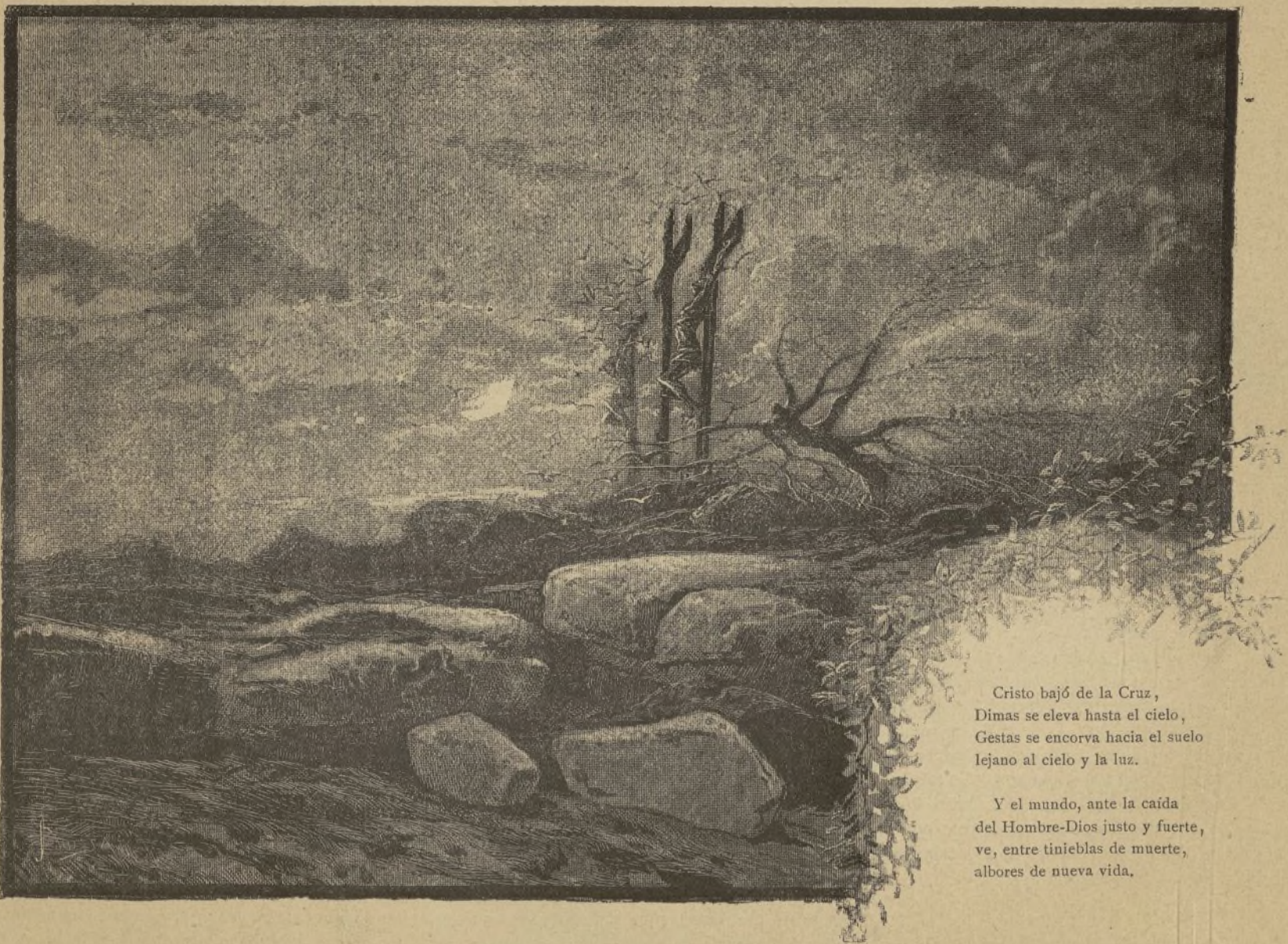
PRECIO SUELTO, CINCUENTA CÉNTIMOS.

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
MADRID Y PROVINCIAS	
Tres meses.....	4 ptas.
Seis meses.....	7,50 "
Un año.....	15 "
CUBA Y PUERTO-RICO	
Seis meses.....	2 1/2 pr. fs.
Un año.....	4 "

PROPIEDAD  
DEL ASILO DE HUERFANOS DEL S. C. DE JESUS

Director: D. FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA  
CON LA COLABORACIÓN DE LOS PRIMEROS ESCRITORES CATÓLICOS

PRECIOS DE SUSCRICIÓN	
EXTRANJERO	
Seis meses.....	11 fr.
Un año.....	21 "
FILIPINAS Y AMÉRICA	
Seis meses.....	3 ps. fr.
Un año.....	5 "



Cristo bajó de la Cruz,  
Dimas se eleva hasta el cielo,  
Gestas se encorva hacia el suelo  
lejano al cielo y la luz.

Y el mundo, ante la caída  
del Hombre-Dios justo y fuerte,  
ve, entre tinieblas de muerte,  
albores de nueva vida.

EL CALVARIO, POR J. PAHISA.



## SUMARIO

## Texto.

La década, Tordesillas. — La Redención, Francisco Pareja de Alarcón. — El hipnotismo, por el Abate Elias Blanc, versión española, Manuel Llanes Montull (conclusión). — La Redención, poesía, Ricardo Guíjarro. — Las Cruzadas, Abdón de Paz. — El pecado mortal, Fernando Martínez Pedrosa. — Asociaciones benéficas. — Crónica. — Notas sueltas.

## Grabados.

EL CALVARIO, J. Pahissa. — Representa el Gólgota, esto es, lugar del calvario ó de las calaveras. Ha pasado el momento en que el velo del templo se rasgó, en que tembló la tierra, las piedras se partieron, los sepulcros se abrieron y los cuerpos resucitaron. José de Arimatea acaba de recoger el cuerpo de Jesús para darle sepultura. Los otros dos crucificados, el bueno y el mal ladrón á quienes los soldados quebrantaron las piernas, permanecen allí. La escena de ruina y desolación que sucedió al cruento drama, está pintada con exactitud. Pasó la tempestad: la luna aparece en los espacios. En torno de aquellos cuerpos revolotean las aves carnívoras. Nubes, árboles, la tierra, las plantas, todo anuncia el misterio, la soledad y el dolor del tremendo día.

LA PIEDAD, escultura de la capilla de este nombre, en la Basílica de San Pedro en Roma, de Miguel Angel Buonaroti. Damos á conocer este grupo, que, según fama, es el más acabado de la escultura moderna. En él se sintetiza un poema de amor y de dolor. La sublime *Pietà* de Miguel Angel — María teniendo en su regazo el cadáver de Jesús, data de 1499, es decir, cuando el gran genio de las artes sólo contaba veinticuatro años. Nuestra Revista, en su propósito de publicar grabados de mérito excepcional, no ha reparado en el gasto que éste nos ocasiona.

Cuadros de Rafael Sansio. Pertenecen á la colección de 52 obras que forman las célebres *Logias* de Rafael, en el Vaticano.

EL LAVATORIO. — «Sabido Jesús que el Padre le había puesto en sus manos todas las cosas, y que él había salido de Dios y volvía á Dios;» Se levantó de la cena y dejó sus vestidos; y habiendo tomado una toalla, se ciñó con ella.

«Después echó agua en un barreño y empezó á lavar los pies de sus discípulos y limpiarlos con la toalla con que estaba ceñido.»

EL PUEBLO PIDE LA MUERTE DE JESÚS. — «Salió, pues, Jesús llevando la corona de espinas y el vestido de púrpura, y les dijo: — Ved aquí al hombre.

«Y habiéndole visto los Pontífices y Ministros, gritaron diciendo: — Crucifícale, crucifícale. — Dijoles Pilatos: — Tomadle vosotros y crucifícadle, porque yo no encuentro en él delito alguno.»

CAMINO DEL CALVARIO. — «Y Jesús, llevando á cuestas su Cruz, fué al lugar llamado Calvario, que en hebreo se llama Gólgota.»

EL SANTO SEPULCRO. — «La noche del sábado que amanece en el primer día de la semana, vino María Magdalena y la otra María á ver el sepulcro.

«Y á este tiempo sucedió un grande terremoto, porque bajó del Cielo un Angel del Señor, y llegándose, removió la piedra, y estaba sentado sobre ella.

«Y su aspecto era como un relámpago; y su vestido como la nieve.»

## LA DÉCADA

LOS fariseos, «sepulcros blanqueados,» según el Evangelio, ponían todo su conato en el culto exterior, cuidándose muy poco de la creencia; los materialistas, es decir, los herejes de estos tiempos, ridiculizan todo acto exterior y miran con desdén las ceremonias con que la religión conmemora los misterios de la pasión y muerte de Nuestro Señor Jesucristo. La Iglesia católica reclama, ante todo, de sus hijos el culto del alma, el fervor y la fe, y como protesta de esa misma fe, según Santo Tomás, las obras exteriores; la forma del tributo que rendimos al Criador; las prácticas y ceremonias que traen su origen de los hechos de Jesucristo, y que el mismo Redentor nos impuso, conociendo que á los hombres les mueven más las cosas sensibles y exteriores que las que son puramente espirituales. Por eso dice San Juan Crisóstomo, que al sonido de las campanas, al resplandor de las luces de los templos y al olor del incienso, con razón comprende el hombre que se le abren las puertas del cielo. David decía que su corazón y su carne danzaban de contento en honor de su Dios; lo cual explica la vocación interior y la sumisión del cuerpo.

\* \*

Pero ¿vamos sumisos, humildes, respetuosos, fervorosos, al templo en estos días, ó asistimos á los Santos Oficios de oficio? ¿Nos lleva la rutina ó la voluntad? ¿Vamos á meditar ó á orar? Curiosidad, costumbre y ocio hacen en muchos, oficio de deber. Deseo de lucir, hacen en algunas oficio de caridad y

de religión. Las costumbres han convertido muchos actos de devoción en alardes de lujo y cortesanía: la visita á los Sagrarios á cierta hora, en paseo ostentoso; las calles céntricas en mundana romería: la grey católica asiste puntual al templo, es verdad. La gente se aglomera, hasta producir el desorden; todos van á la vez para ver y ser vistos, y ahí está el mal. Las damas distinguidas suelen llevar tras de sí turba de perfilados acompañantes, que no sé si pasan de la puerta de la Iglesia, y algunos de los que entran, acaso valiera más que no entran. Ah, sí, somos cristianos, católicos de raza, observantes del sagrado deber; pero... ¿qué sé yo! se me antoja que en las maneras de cumplirle tenemos que corregir algo y aun algunos, que no puede ser acepto á los ojos de Dios, y entre estos algos, permitid que os aluda ¡oh, ilustres católicos! que para mal ejemplo, os vais de caza el Jueves y Viernes Santo.

\* \*

Para mí, es de sorpresa leer en un popular periódico, que el día 2 del próximo Abril empezará el derribo de la antigua Basílica de Atocha, con el fin de edificar sobre su base un nuevo y grandioso templo, en cuyas obras han de emplearse cuatro años. Parece que los proyectos han sido presentados á S. M., y que no se omitirá gasto para que la nueva Basílica sea una página brillante de la moderna arquitectura española.

El santuario de Atocha, de remotísima tradición, no reúne condiciones tan artísticas que merezca conservarse. Es notable por la amplitud de sus naves, y nada más. Pero el pueblo de Madrid no ha de verle desaparecer con indiferencia. Sentirá que caiga aquel retablo, trono en que reposa y se ostenta la imagen milagrosa que unos suponen obra de San Lucas y otros traída de Antioquía por alguno de los Apóstoles, para colocarla en la primera ermita de los atochares. Agradará á los hijos de esta villa saber dónde han de rendir culto durante las obras á la Virgen patrona, que, según la historia, obró la portentosa maravilla de resucitar á la mujer y á las hijas del reconquistador de Madrid, Gracián Ramírez, después de haberlas degollado éste por su propia mano, para que en caso de sucumbir en la lucha, no quedasen abandonadas á la brutalidad de los moros.

La morena Virgen de Atocha, ensalzada y cantada por tantos panegiristas y poetas; el Maestro Pereda en su libro *La patrona de Madrid*, y Lope de Vega, Rojas y Salas Barbadillo, resume las victorias más preciadas de las armas. De los muros de su templo, cuelgan los estandartes de los famosos tercios castellanos; las banderas de los ejércitos de la guerra de la Independencia y estos mismos muros, sirven de panteón á los memorables caudillos Castaños y Palafox, y á otros generales ilustres. ¿Qué va á ser de esos restos venerandos y de esas reliquias, pregón constante de nuestras glorias? ¿Será fácil conservarlas, cuando muchas de ellas, con solo tocarlas, caerán á pedazos?

\* \*

La Diputación provincial de Madrid ha realizado un acto plausible eligiendo director del Asilo de Nuestra Señora de las Mercedes á D. Enrique Pérez Escrich, autor de muchas y notables obras literarias, escritor católico laboriosísimo, y que por efecto de vicisitudes no desconocidas del público, necesitaba este recurso para vivir. Mentira parece que no haya habido todavía en España, un Ministro de Fomento de los muchos que proceden de las letras, capaz de asegurar en cierto modo, el porvenir, la vejez de tantos hombres beneméritos en la literatura patria que acaban su existencia en la miseria, que sucumbieron en la boardilla ó en el Hospital. Pobremente murieron Eguílaz, Florentino Sanz, Becquer, Selgas, Fernández y González y tantos otros,

y muchos de los que viven es á expensas de una pensión, como Zorrilla; de un destino particular, como Balart, ó de un empleo, como Luis Mariano de Larra. Ya se sabe lo que decía Valera: que con el producto de su célebre novela *Pepita Jiménez*, no habría tenido bastante para comprar un vestido á su esposa. No pasa día sin que la prensa deje de reclamar los auxilios de la caridad pública en favor de algún periodista ó escritor que perece en la miseria. Ayer mismo se denunciaba uno de estos casos. ¿Qué será, pues, de los literatos el día en que no puedan trabajar? Ya que la previsora Administración no les depare un retiro, como lo disfrutaban los militares y los servidores del Estado, al menos que se les reserve un lugar en el santo Hospital; que se les abran los Asilos. De todas suertes tendrán que parar en ellos, si no como directores, como asilados.

Tordesillas

## LA REDENCIÓN

## I



El acontecimiento más portentoso que registra la historia, en la dilatada serie de siglos, es, sin duda alguna, el de la Redención del linaje humano, que nos recuerda la Iglesia en la semana que, por excelencia, se llama *Santa*.

La elevación y la caída de los grandes imperios, los triunfos y las derrotas de los guerreros y conquistadores más famosos, las inundaciones y otros cataclismos del globo en diversas épocas, los inventos que han cambiado en ciertos períodos la faz del mundo, nada de cuanto en el espacio de seis mil años ha presenciado la humanidad de más sorprendente y asombroso, puede compararse, ni de lejos, con el heroico sacrificio de *Jesucristo* en la cumbre del Gólgota. El mundo ha sufrido grandes vicisitudes y cambios prodigiosos en el orden moral y material; pero ninguno de ellos ha operado en las sociedades la transformación radical que produjo aquel pasmoso acontecimiento; ninguno ha descubierto á la humanidad los nuevos y espléndidos horizontes que despliega ante sus ojos la hermosa bandera de la cruz de *Jesucristo*.

En presencia de este héroe inmortal, han sido hombres vulgares todos los héroes; y al lado de la sublime escena del Gólgota, no hay en la historia de la humanidad acontecimiento grande y magnífico que no sea pequeño. El sacrificio de *Jesucristo* es, en la historia del mundo, y respecto de todos los anteriores y posteriores, como el sol en el hemisferio, que oscurece á los demás astros con su sola presencia: y así lo han reconocido hasta los gentiles mismos.

Día á la vez de dolor y regocijo, de luto y de alegría, de profunda tristeza y de magníficas esperanzas y celestiales consuelos, es para la humanidad, como el aniversario del nacimiento de aquél que recibe la vida entre los últimos suspiros de la madre que le dió el sér: por lo cual se asocian siempre en el corazón del hijo, al recordar este suceso, ideas tan contrarias y sentimientos tan diferentes.

La grandeza de este suceso se explica bien fácilmente, si se consideran el héroe admirable que figuró en la escena, los motivos que le impulsaron á tan generoso sacrificio y los frutos que había de obtener, por su medio, el linaje humano.

## II

Antes y después de la venida de *Jesucristo*, nos presenta la historia laudables ejemplos de insignes



filósofos y legisladores, de reyes y príncipes ilustres, de patricios y ciudadanos esclarecidos, que consagraron su existencia á la sabiduría ó á la virtud, ó se ofrecieron como holocaustos en aras de la patria ó de la humanidad; pero ninguno de estos sacrificios es siquiera comparable, ni remotamente, con el sacrificio del hijo de *María*.

Aquellos, aun los que obraron inspirados por los más nobles sentimientos, no pudieron asemejarse, ni en el valor, ni en la generosidad, ni en la abnegación y el heroísmo, con el que nos presenta la historia como el grande entre todos los grandes, y el héroe entre todos los héroes. Aquellos se entregaron á la muerte en aras de la ambición de gloria, ó por cumplir un deber sagrado; éste la arrostró voluntariamente sin otro impulso que el amor más puro y desinteresado hacia los mismos por quienes se sacrificaba: aquellos se resignaron acaso ante la ferocidad de sus verdugos, ó á lo más respondieron con palabras de perdón á sus rudos golpes; éste exhaló el último aliento dirigiéndoles suspiros de amor, además de pedir para ellos misericordia: aquellos aspiraron, por medio de sus sacrificios, á la recompensa, y á ceñirse de una gloriosa corona que había de iluminar con sus fulgores el cuadro de su martirio; éste no buscaba premio, ni ambicionaba corona, teniendo en sí mismo todos los tesoros y todas las gracias, y siendo sus purísimos ojos la luz y la gloria de los cielos.

Mas ¿para qué presentamos comparaciones entre objetos que no son comparables, porque los separa el abismo del infinito? Fuera más fácil comparar entre sí la claridad del sol y las sombras de la noche, y la vida con la muerte. El sacrificio de *Jesucristo* se diferencia infinitamente del de los héroes de todos los siglos, incluso los que ciñeron á sus sienes la palma del martirio, sosteniendo la verdad; porque aquel sacrificio fué el sacrificio de un Dios; necesitándose para verificarlo un esfuerzo prodigioso de la divina omnipotencia.

Si la grandeza y dignidad del héroe realzan justamente su heroísmo en las magníficas empresas que realiza, considérese hasta qué grado de sublimidad se elevará el sacrificio de Aquel, que desciende del cielo cubriendo su divinidad augusta con las formas exteriores del hombre, y muere, siendo inmortal, para redimirlo.

El entendimiento humano se abisma y se confunde al contemplar este admirable portento del amor y de la omnipotencia. La Divinidad lleva hasta el último extremo su amor al hombre, dando por él la vida, y agota su poder siendo infinito, revistiéndose de formas humanas y condenándose á la muerte.

Gran sacrificio es el del soldado que muere peleando por sus banderas en el campo de batalla, ó el del príncipe que sucumbe vestido con sus insignias reales y lidiando valeroso al frente de sus ejércitos; pero morir humildemente y sin aparato de grandeza, el que, además de ser inmortal é invencible, mandaba sobre las legiones del cielo y de la tierra; el que tenía en una mano la omnipotencia y en otra la gloria y el triunfo, es un misterio profundo que adora la razón prosternada, y que no explica ni comprende el humano entendimiento.

No es, por lo tanto, extraño que la naturaleza se sobrecogiese de espanto en aquel día memorable; que se estremecieran la tierra y los mares, y que el sol ocultase entre nubes su rostro de fuego, por no presenciar el espectáculo que ofrecía al mundo la ignominiosa muerte del soberano autor de la vida.

El padre cariñoso da la existencia por el hijo; mas, al hacer este gran sacrificio, da lo que, sin hacerlo, habría de perder necesariamente; pero *Jesucristo*, para morir en la cruz, ha tenido que rebajarse de su infinita altura, y suspender, digámoslo así, por un momento su omnipotencia; dando potestad á la muerte para que hiriese con el dardo fatal su

sagrada persona. La naturaleza, pues, suspendió su curso, el universo sus leyes, la Divinidad su poder; y todo esto fué necesario para que muriese el que era Dios sin dejar de serlo; destruyendo nuestra muerte con la suya, y reparando con su resurrección nuestra vida, según las sublimes palabras de la Iglesia en la conmemoración de este portento del amor, de la omnipotencia y de la gracia.

### III

Si la muerte de *Jesucristo* ha sido el asombro de los siglos, por las admirables condiciones de la víctima celestial inmolada en el Calvario, no fué menos sublime por los motivos que le impulsaron á tan heroico sacrificio.

El hombre, criatura de Dios, formado á su imagen y semejanza, inmortal en su espíritu, chispa brillante de sus divinos ojos, á cuyas miradas brota la vida del caos, hijo querido del Omnipotente, como obra especial de sus manos, rey de la creación y heredero del cielo, alza contra su Hacedor rebeldes banderas, y cuando la justicia le destinaba al castigo y á la perdición eterna, ya que renunció insensato á una feliz inmortalidad, he aquí que la misericordia desciende sobre la tierra como un celestial rocío, en la persona de *Jesucristo*, y la esperanza perdida renace en el corazón de la triste humanidad.

Si la justicia del eterno pronunció su tremendo fallo para castigar á sus rebeldes hijos, y si este fallo debía cumplirse necesariamente, el amor arbitró un medio, en los arcanos de la sabiduría infinita, para que, ejecutándose el soberano decreto, no se consumase la perdición de los rebeldes y se abriera ante sus ojos afligidos el iris consolador de la esperanza. Deuda tan inmensa sólo podía perdonarse por medio de un fiador de mérito infinito; y el Hijo del Eterno se constituye voluntariamente en víctima propiciatoria. Si el sacrificio fué de un valor inmenso, por la calidad excelsa de la víctima, no fué menos grande por la manera de verificarse. El acto más leve del Hijo de Dios, teniendo un valor infinito, hubiera sido bastante para redimir la humanidad y abrirle las puertas del cielo, que la culpa de Adán le había cerrado; y sometándose voluntariamente á una muerte afrentosa, llevó el amor hacia los hombres á un grado de heroísmo que no puede concebir la razón, ni alcanzar el sentimiento más profundo y delicado.

La raza de Adán prevarica, faltando á las divinas leyes; y no sólo obtiene la misericordia y el perdón, sino que se borra su culpa con la sangre de un Dios, que se constituye en Padre y en Redentor de hijos desleales: y en vez de imponerles castigo, los realza y engrandece, viviendo entre ellos, tomando sus formas y dándoles el cielo por herencia.

No es posible que la imaginación conciba la idea de este gran sacrificio, porque excede las fuerzas del entendimiento humano; y sólo la gratitud del corazón es la que podría corresponder de algún modo á una acción tan heroica.

### IV

No es menos digno de admiración el portentoso acontecimiento que recordamos si se examina con relación á los frutos que el linaje humano había de obtener por su medio.

Realizada la obra de la creación y habiendo faltado el hombre al divino precepto, quedaba cumplida y satisfecha la justicia del Eterno con haberle condenado, sin que por esto se disminuyeran en un ápice ni la grandeza de su poder ni la inmensidad de su gloria; pero se duele de su desgracia, á pesar de ser impasible, y quiere volverle de nuevo á la vida después de muerto, y dispone en sus inescrutables juicios redimirlo, para que no se interrumpa por el pecado la grande obra de la gracia y de la

misericordia. Sin duda para dar mayor realce á este sacrificio permanecen sobre el universo, por espacio de cuarenta siglos, las tinieblas del error y de la muerte, suceden inmensas catástrofes que estremecen el globo, y se consuman otros acontecimientos terribles y asombrosos que debían preceder á la escena sublime del Calvario. Pero llega el día vaticinado por los Profetas en los libros santos, aparece en el mundo el Hijo de la Mujer Inmaculada, predica su doctrina, anuncia la nueva feliz á la humanidad, descubre ante sus ojos nuevos horizontes de esperanza y de gloria, y se sacrifica en la Cruz, disipando, con la luz de la corona de su divino martirio, los errores, y atando la muerte al carro de su triunfo.

Realizado este grandioso suceso, la humanidad despertó de su sueño, y puede decirse que renació á nueva vida el día de la muerte de *Jesucristo*. Elevada la Cruz en el Calvario, descubriase en ella una luz hasta entonces no vista, que marcaba al género humano su porvenir, y el camino que había de emprender para alcanzarlo.

Ante la luz de aquella esplendente y gloriosa bandera, huyeron avergonzados y confundidos los errores que obscurecían al mundo. La sangre de las víctimas humanas dejó de correr en los nefandos altares del gentilismo, sustituyéndose á sus númenes irritados y pavorosos la imagen de un Dios de paz y de misericordia; los grandes y poderosos de la tierra, que hasta entonces habían tratado como esclavos á los humildes y á los pequeños, tuvieron que reconocerlos como á hermanos; la mujer que había sido la sierva del hombre, se elevó al merecido rango de su compañera; regenerándose por este medio, y volviendo á su primitiva dignidad y á su antiguo decoro, la mitad más preciosa del linaje humano.

Concluyéronse, ante el resplandor de la Cruz de *Jesucristo*, los privilegios de las razas y las diferencias de los colores, porque á todos los hombres los adoptó el Eterno por hijos, y el Héroe inmortal por hermanos, en la persona de su discípulo predilecto; y formóse del linaje humano una inmensa familia unida por los estrechos vínculos del amor y de la caridad. Véase cuán admirable transformación fué la que verificó en el mundo la obra de la Redención humana en el orden de la naturaleza moral y de la dignidad y de la espiritualidad del hombre.

Si desde aquí penetramos en el terreno de la filosofía, veremos que la verdad del cristianismo dispó también los errores extendidos por la multitud de escuelas gentílicas que agitaban al mundo, y que habían trastornado las ideas de la moral, los principios de la política y las máximas fundamentales del gobierno de los pueblos.

La inmortalidad del alma, vislumbrada por los antiguos sabios, se convirtió en una creencia inalterable; la justicia de Dios en esta vida y en la futura fué elevada á dogma universal, y el premio de las virtudes y el castigo de los vicios y de los crímenes, formó desde entonces la esperanza de los buenos y el consuelo de sus pasajeras amarguras, al paso que sirvió de terror y de freno á los malvados, que vieron seguro el día de la expiación de sus iniquidades, aunque burlaran por algún tiempo el rigor de las leyes humanas y la vigilancia de los poderes sociales.

Todo en el mundo sufrió un cambio maravilloso; la moral, la filosofía, la política, las costumbres, las leyes, el gobierno de los pueblos, el Estado, la familia, el ciudadano en sus relaciones con la sociedad y el individuo en su aislamiento.

Las civilizaciones anteriores al cristianismo, á pesar de sus maravillas artísticas, de las que nos ofrecen testimonio templos como el de Salomón, murallas como las de Tebas y Babilonia, obeliscos y pirámides como las de Egipto, obras como los



acueductos romanos, y aquellos palacios de la antigua Grecia fabricados con el cincel en las duras rocas; nada de esto nos presenta los caracteres de la elevación, de la grandeza y de la sublimidad con que vino á realzar al género humano la doctrina del Salvador del mundo.

Aquellas civilizaciones no tuvieron un punto de partida fijo y seguro en la espiritualidad del hombre, en la moralidad rectamente entendida de sus acciones, ni en la justicia inmutable de un Dios protector de la virtud y vengador del crimen, ni en la constante solicitud de su providencia; vigilando siempre por la suerte de sus criaturas y guiando á la humanidad hacia su inmortal destino.

Por este vacío inmenso, por esta falta de base de aquellas civilizaciones, se descubren en la historia de los pueblos más cultos y morigerados y en las obras de los legisladores más sabios, ya instituciones corruptoras, ya abominables costumbres y leyes inicuas y tiránicas, incompatibles con la verdadera civilización; y sólo la Cruz de *Jesucristo* fué la muralla misteriosa que contuvo el torrente de tantos errores y de tantas preocupaciones, que tenían á la humanidad en una degradación lastimosa.

## V

Si en el principio del mundo hizo el Supremo Hacedor brotar la luz del caos, en la escena del Calvario hizo salir la verdad de entre las nubes del error, y fijó en los dos brazos de la Cruz de su sacrificio las dos bases de la civilización futura del mundo, que son la *caridad* y la *justicia*.

Estas dos grandes virtudes, hasta entonces desconocidas ó malamente aplicadas, constituyen los cimientos sólidos de la civilización y del progreso de la humanidad; y no hay, ni en la condición pública, ni en la privada, ni en el gobierno de los pueblos, ni en el interior de las familias, ninguna idea ni ningún sentimiento que no se comprenda en ellas, ó que por ellas no se explique.

La Redención del hombre fué un acto adorable, donde desplegó el Eterno su justicia con toda su imponente majestad, y donde ostentó al mismo tiempo su caridad inagotable.

Desplegó su justicia, haciendo sufrir horribles padecimientos y un generoso sacrificio á la Víctima inocente que había tomado sobre sí la responsabilidad de ajenas culpas; y ostentó su caridad inmensa rehabilitando á los culpados, y restituyéndolos á su perdida gracia, cuando pudiera haberlos confundido, sin admitir al Fiador divino, que se inmoló para salvarlos.

Para que el sublime ejemplo que recordamos en estos días sea fructífero, es indispensable que á todos nos estimule á la práctica de aquellas dos virtudes sublimes que brillan como dos faros esplendentes en la Cruz de *Jesucristo*.

*Justicia* y *caridad* pide el recuerdo de la Redención del género humano á los Legisladores y á los Gobiernos, en el desempeño de su misión elevada: *justicia* y *caridad* pide también á los súbditos y á los ciudadanos privados en sus relaciones con los poderes públicos, y en el seno íntimo del hogar doméstico.

¿Buscamos los adelantos de la civilización? ¿Pretendemos que el progreso avance en sus conquistas? ¿Aspiramos á resolver el arduo problema de la felicidad de los pueblos, y á descifrar los misterios del porvenir? Pues es tarea bien fácil acometer y realizar, con gloria de la humanidad, tan sublimes empresas. Alcemos, ante todo, en el fondo de nuestro corazón, un altar donde tributemos sincero y respetuoso culto á la *caridad* y á la *justicia*; y llevémoslas, después que hayan recibido nuestros homenajes, al templo de las leyes, al santuario de los tribunales, á la región de los gobiernos y de las

autoridades todas, erijámosles también en estos sitios un ara sacrosanta, y veremos entonces cómo la sociedad se regenera prodigiosamente, extendiéndose la tranquilidad, la paz y la fraternidad por todas sus esferas, donde hoy sólo imperan los rencores y las rivalidades, con su séquito horrible de intrigas, de partidos y de guerras sangrientas, y el egoísmo con su repugnante y helada indiferencia.

Abramos el corazón á los sentimientos de una gratitud profunda, recordando en la Semana Santa el heroico sacrificio del Salvador del linaje humano; y si aspiramos á que sea fructuosa para las naciones, para los individuos y para la humanidad en general la Sangre preciosísima derramada en el Calvario, llevemos todos por norte de nuestras acciones la *caridad* y la *justicia*.

Sin estas dos virtudes, que del árbol de la Cruz se desprenden, la Redención operada para nosotros nos dejaría como dormidos entre las sombras del error y de la muerte, y no tendríamos, para alivio de los dolores y de las amarguras de la vida, ni aun el consuelo de la esperanza.

FRANCISCO PAREJA DE ALARCÓN.

## EL HIPNOTISMO POR EL ABATE ELÍAS BLANC

PROFESOR DE FILOSOFÍA EN LAS FACULTADES CATÓLICAS DE LYÓN

versión española de

D. MANUEL LLANES MONTULL

PRESBITERO

Conclusión.

## III



os hay entre ellos que, aunque curiosos y extraordinarios, no deben retenernos largo tiempo, pues es fácil explicarlos después de las consideraciones precedentes.

Tales son los sueños, si exceptúan los proféticos; y en general, las alucinaciones. ¿Quién no ha experimentado la fuerza de la imaginación, y cuánto no puede ésta producir, singularmente durante el sueño y en sujetos enfermizos, excesivamente impresionables? A estos fenómenos hay que añadir los del sonambulismo natural. Durante el sueño normal y completo, los sentidos hallanse enervados y el espíritu reposa con los órganos; pero acontece con frecuencia que ciertos sentidos vuelven á recobrar su actividad, y son tanto más excitables cuanto que los otros permanecen más adormecidos. El sonámbulo es un hombre incompleto, á quien faltan varios sentidos, pero dotado de cierta superioridad respecto á los otros; su memoria de cosas y lugares suele ser prodigiosa; su imaginación, en gran manera viva, como así la vista, oído, tacto y sentido muscular. De esta suerte se explican, más ó menos, los fenómenos de sonambulismo natural.

Tal es el criterio con que juzgaremos el hipnotismo en general, pues este no es más que un sueño; el sueño es más ó menos profundo, ó completo; total ó parcial, puede afectar á diversos sentidos, entrega el alma á un estado extraordinario. El cerebro hipnotizado, conviértese en mecanismo de ruedas torpes ó forzadas á romperse. Puede compararse á un reloj del que se quita el péndulo; las ruedas giran precipitadamente y el saetero recorre vertiginoso el cuadrante. Así el mecanismo humano, en sueños hipnóticos y catalepsias. En el letargo, el mecanismo queda como parado.

Lo que causa mayor asombro son los procedimientos de hipnotización. ¿Cómo explicarnos que se hipnotice profundamente por medio de un gesto, de una mirada, y se pueda despertar por medios no menos insignificantes? La imaginación, sin duda, es poderosa en algunos enfermos; pero siendo á la vez

tan caprichosa, ¿cómo puede producir con regularidad efecto tan sorprendente, sin contar que ella para nada interviene en el despertar? Según dicen los experimentadores, se puede en menos de quince segundos hipnotizar una persona y despertarla tras la sugestión. ¿Cómo semejantes hechos no han de excitar nuestra desconfianza?

La sugestión, sobre todo. Reconocemos que muchas sugestiones se explican por el automatismo del sujeto, ó por la fuerza de imaginación y ascendiente del operador. A este número pertenecen las sugestiones de sentimientos, movimientos sistemáticos y alucinaciones. Se comprende que, en algunos casos, el hipnotizado experimente lo que afecta vivamente á su imaginación: que ejecute ó termine ciertos movimientos comenzados ó sugeridos: se le da un paraguas y le abre, etc. Todos ejecutamos despiertos actos de manera automática: proseguimos, sin pensar en ello, un paseo comenzado, cualquier trabajo emprendido, escribimos una línea, pronunciamos una frase, sin parar atención en su sentido. Se comprende que el hipnotizado transmita ciertos sentimientos, si se le marcan las actitudes correspondientes. Hay, en efecto, relación, más ó menos orgánica, entre las actitudes y los sentimientos. De ahí la necesidad de velar sobre ellas, no solamente porque son señales y efectos de los estados del alma, sino también porque provocan ó favorecen estos estados.

Pero las sugestiones post-hipnóticas ofrecen ya serias dificultades. Se dice al sujeto: «Verás sobre este cartón tal retrato;» y, durante muchos días, el sujeto ve, en efecto, el retrato sobre el cartón, cuantas veces le es presentado, aun cuando se mezcle con otros semejantes. Vanamente se intenta confundirlo con otros; el sujeto le encuentra siempre y coloca como se haya querido. Otro detalle no menos digno de observación: si el sujeto mira el objeto de sus alucinaciones por uno ú otro extremo de un anteojito, ve mayor ó menor, más próximo ó más lejano este objeto, como si fuese real. Inútil es exponer las explicaciones que se han tratado de dar á estos hechos: no dejan de ser curiosos, por no decir otra cosa.

Pues ¿y las sugestiones de ceguera y parálisis sistemáticas? Se dice á la persona hipnotizada: «No podrás escribir;» y no escribe, aunque sus dedos puedan coser y hacer media. «No podrás escribir tu nombre;» y no le escribe, aunque pueda escribir otros. «No podrás escribir tal letra;» y no escribe tal letra, cuando traza perfectamente las demás. Los ejemplos de ceguera sugerida son más curiosos todavía. Se dice al hipnotizado: «No verás ya al señor X;» y deja de verlo; y si X se pone su sombrero, el hipnotizado ve el sombrero sin ver á la persona; y si X toma su capa, verá la capa por los aires, preguntándose cómo sucede aquello; y si X remueve sillas y muebles, ve cambiar de sitio los objetos, pero no la persona que los movió. Se explicarán estos hechos por la imaginación que, sucesivamente, suprime ó suple las percepciones externas. Esto es verdad, hasta cierto punto; y si se trata de enfermos cuyo sistema nervioso está alterado, no insistimos. Ya hemos observado que la precisión y regularidad con que se cumplen algunas sugestiones pueden excitar dudas.

¿Y cómo explicar sugestiones de órdenes que han de cumplirse? Se dice á la hipnotizada: «Cuando despiertes herirás á fulano con este puñal;» y se pone en su mano una hoja de cartón. Al despertar hiere sin vacilación, con energía y precisión espantosas. Se le pregunta la razón de aquel crimen, y apela á causas imaginarias para justificarse. Se le dirá que robe el pañuelo, porta-monedas ó reloj de Zutano; y robará el objeto designado, alegando cualquier pretexto: lo que demuestra claramente que, aun estando bajo la acción de ajena voluntad,



conserva cierta iniciativa... En estos hechos innegables, que agitan la opinión pública e inquietan ya á los Estados, hay que revelar varias cosas. Lo primero ese imperio sobre las voluntades, esa especie de posesión de una persona por otra. La incredulidad negó y puso en ridículo los casos de obsesión y posesión diabólicas; y véase cómo el positivismo comprueba la obsesión y hasta la posesión del hipnotizado por el hipnotizador. Sólo así puede éste ejercer un poder exclusivo sobre su sujeto y hasta prestarlo á otro. Con frecuencia el sujeto es incapaz de resistir. Otras veces la influencia de la sugestión no traspasa los límites de la obsesión.

Claramente resulta esto de la siguiente experiencia, que no tenemos por sospechosa. Dos operadores italianos, MM. Bianchi y Sommer, hipnotizan uno de sus sujetos, Mlle. N., la que antes de dejarse adormecer, se promete secretamente no explicarse sobre determinado asunto. Se la pregunta, una vez dormida, si piensa en algo. — Sí, responde, tengo ideas. — Reveladlas. — No puedo, ni debo. Después de haber apelado vanamente á las insinuaciones, se la ordena que revele su pensamiento, añadiendo que no puede tener voluntad propia. Negativa absoluta. Decídese aplicarla el imán á la frente. La enferma entonces bruscamente, lleva su mano á aquella parte y exclama: «¡Dios mío...! ¡qué dolor! Habéis hecho brotar mi sangre.» La enferma trata de enjugarla, y contempla sus manos como si efectivamente tuviesen sangre. El operador, no obstante, reitera su mandato. Entonces la infeliz (¿por qué no darla este nombre?), obstinada en su negativa, sufre una emoción tan fuerte que despierta quebrantada de esta prueba, é irritada contra sus verdugos. Desde entonces no ha consentido dejarse adormecer. El hecho es notable y determina la diferencia que existe entre la obsesión y la posesión; entre el consentimiento y la voluntad.

Pero vengamos á hechos todavía más notables: los de sugestión mental y á distancia. Una persona queda sumida en hipnotismo, recostada en un sofá. El operador permanece á cuatro metros de distancia, fuera del campo visual de la enferma; propónese ensayar una experiencia de sugestión mental; han sido tomadas precauciones para evitar cualquier superchería, para salvar cualquier circunstancia que pueda engañar al operador. Sentado, inmóvil el cuerpo, salvo la mano derecha con que simula escribir; el rostro oculto tras la mano izquierda, cuyos dedos separa levemente para observar á la enferma; la ordena levantar la mano derecha y concentra su pensamiento en la ejecución de este mandato. Al primer minuto, ninguna acción; al segundo, agitación en la mano derecha de la enferma; al tercero, la agitación aumenta, la enferma frunce las cejas y levanta la mano derecha, que vuelve á caer. El operador obtiene, por idénticos medios, que la enferma se levante, vaya al piano, tome una caja, encienda una luz, etc. Son tan numerosos los hechos de este género que se ha perdido la cuenta.

Otra experiencia más decisiva. El operador ha experimentado ya su influencia excepcional sobre la enferma. La ordena mentalmente, sin que ella pueda sospechar sus intenciones, venir hacia él. Y en el mismo instante en que concentra su pensamiento y voluntad sobre este orden, queda sumida en sueño hipnótico, parte con los ojos cerrados, evita las calles muy frecuentadas, recorre una distancia de quinientos metros y vuelve á dejarse caer en un sillón del gabinete del operador.

Al llegar aquí recurrimos á los principios científicos, condensándolos en nuestra imaginación, y quedamos confundidos. Se han buscado explicaciones naturales; materialistas y espiritualistas hánselo propuesto; nadie ha suministrado nada plausible. Hay que rechazar en absoluto la hipótesis de un alma que obra á distancia. Por otra parte, los experimen-

tadores, positivistas en su mayoría, no tienen para nada en cuenta la espiritualidad del alma. Se ha aventurado suponer que todo pensamiento va acompañado de una palabra interior, y esta palabra, que no puede ser oída en estado normal, puede escucharse por el hipnotizado, cuyo oído es de agudeza extrema. En primer lugar, es falso que todo pensamiento vaya acompañado de una palabra imaginada; después, no es creíble que esta palabra sea escuchada á distancia considerable y á través de los barrios de una ciudad.

Se ha dicho, y esta explicación es más general que la precedente, que todo pensamiento va acompañado de un movimiento cerebral particular, y que este movimiento, tanto más penetrante cuanto más útil, puede transmitirse provocando en otros cerebros las mismas ideas. Se hace notar á este efecto, que los sentimientos son contagiosos: el temor, el gozo, la tristeza, etc. ¿Por qué no ha de acontecer lo mismo con las ideas? No se concibe que un movimiento puramente cerebral, y por tanto mecánico, pueda desasirse de los otros que se comuniquen sólo á distancia, y con esa precisión. Sin contar que aquí hay no sólo comunicación de pensamiento, sino también imposición de voluntad. Parece que si todo pensamiento va asociado á un movimiento cerebral, ningún pensamiento complejo va ligado á movimiento determinado. Mas, así como las ideas pueden ser presentadas bajo diferentes imágenes, expresadas por diversas lenguas y gestos diferentes, así pueden asociarse á diversos movimientos cerebrales.

La teoría de Rambosson en que se apoya M. Naville es ingeniosa, pero vendría aquí á ser insuficiente. Aun suponiendo que en el estado natural perfecto los pensamientos del hombre correspondiesen á palabras y gestos determinados, como que no sería necesario aprender á hablar, como no lo es aprender el sentido de un grito de dolor, resulta que, en el estado actual, los signos no elementales son más ó menos comprensibles y necesitan interpretación. Habrá, pues, no solamente que percibir ese movimiento cerebral á larga distancia, cosa increíble, sino que también interpretarle sin haber aprendido esa interpretación. Esto equivale á suponer que un hombre sin letras pueda leer el griego á distancia indefinida y comprender su sentido, ó bien que el chino pueda comprenderse por el solo hecho de que un hilo telegráfico nos ponga en comunicación con la China. De estas vanas explicaciones se deduce claramente que nos encontramos en presencia de lo desconocido y del misterio.

#### IV

Tiempo es ya de concluir. Materia complicada es esta que reclama conclusiones precisas y propiamente científicas; saquémoslas al menos morales y prácticas.

Entre los fenómenos hipnóticos, algunos se explican más ó menos por causas naturales; pero hay muchos que forzosamente han de suscitar sospechas y alarmar á nuestra religión: el cristiano no puede hacerse partícipe de esto sin marcada imprudencia.

Respecto á las sugestiones, no titubeamos en decir que el cristiano, el hombre, sea quien quiera, no debe jamás abdicar su imperio sobre sí mismo ni enajenarlo en manos de nadie<sup>1</sup>. Su conducta se-

ría digna de reprobación si sus costumbres quedasen comprometidas, si aquél á quien se entrega fuese capaz de abusar de él.

Aun cuando ciertas prácticas hipnóticas no pareciesen vituperables, no es permitido entregarse á ellas sin razones suficientes. Pero estas razones no es fácil encontrarlas fuera de los hospitales donde se han refugiado algunas enfermas que no han de ser tratadas sino con harta prudencia y respeto. Por lo menos, es extraño ver á hombres ilustrados someterse ó someter á los seres que le son más caros, á los niños, cuya organización es tan delicada, á ciertas prácticas que pueden alterar su sensibilidad, perturbar su imaginación, dejar la levadura de ciertas enfermedades ó de otros desórdenes.

Se ha preconizado el hipnotismo como fuente nueva, maravillosa para la medicina y la pedagogía; pero sus buenos efectos son raros ó problemáticos, en tanto que los malos son ya numerosos y ciertos<sup>2</sup>.

No hay que demostrar en esto una severidad excesiva, ni extremar la sospecha; no hay que mostrarse cauteloso con estas novedades, ni prodigar censuras, ni revestir de caracteres trágicos los ejercicios y ocios más inocentes. La habilidad de los operadores, la superchería de los sujetos, la credulidad ó prevención del público, explican muchos hechos, que no son maravillosos más que en apariencia; y ciertamente, no está prohibido tomar parte en espectáculos recreativos en que el prestidigitador parece arrogarse un poder mágico.

Pero hay hechos de carácter dudoso y alarmante, en los que el cristiano no ha de tomar parte alguna. Tener siempre intención recta; no fiarse más que de personas seguras, obrando á sabiendas: abstenerse en caso de duda seria y grave: tales son las reglas de que jamás ha de separarse. No puede olvidar, si su fe es ilustrada y activa, que el demonio gira en derredor suyo, espionando la ocasión de clavarle sus garras, de sorprenderle y engañarle. «Hermanos míos, decía San Pedro á los primeros cristianos: sed sobrios en todo y vigilad, porque vuestro enemigo, el diablo, se mueve en torno vuestro como león rugiente, buscando á quien devorar: resistid y sed fuertes en vuestra fe.»

Tras esta advertencia del jefe de los Apóstoles y del primero de los Papas, prestemos oído á la del sabio León XIII, que no se tildará de exagerada. Él pone todos los días, en boca del Sacerdote, después del Santo sacrificio de la Misa, palabras análogas: «Arcángel San Miguel: protegednos en el combate; venid en nuestro socorro contra la malicia y asechanzas del diablo. Que el mismo Dios intervenga y se lo ordene: suplicantes así os lo pedimos. Y tú, príncipe de la celestial milicia, rechaza al infierno, con la virtud divina, á Satanás y espíritus malignos que vagan por el mundo para perder las almas. Así sea.» Sin duda el Apóstol y el Padre Santo han recurrido en esto á algunas imágenes; y, ¿cómo no emplearlas hablando de realidades puramente espirituales? En el fondo, estas palabras son teológica y científicamente verdaderas.

Esperemos, para terminar, que los proyectos satánicos quedarán descubiertos con sus mismas astucias. Después de haber propagado la incredulidad, él forzará á los espíritus sinceros que niegan todavía

<sup>1</sup> Nos asociamos con toda nuestra alma á esta vigorosa protesta de M. A. Desjardins, en la Academia de Ciencias Morales y Políticas: «El hipnotizado no tiene derecho á dejarse hipnotizar. Infringe una ley elemental poniéndose á disposición absoluta del hipnotizador. ¿El hombre es ó no libre? Me avergüenzo de tratar esta cuestión. La libertad humana es una verdad de orden psicológico. Nos vemos, nos sentimos libres. Por eso la moral pura y la moral aplicada han proscrito la esclavitud. ¿Cómo! Nuestras leyes, odiando la servidumbre, prohíben al hombre ligarse por toda la vida, proclamar esa forma de esclavitud peligrosa, inmoral y contraria al orden, no obstante que sólo encadena al cuerpo manteniendo la libre disposición de su persona moral, ¿y no rechazaremos esa convención que esclaviza á la vez cuerpo y alma, y entrega á un señor implacable y omnipotente al indi-

viduo todo entero? El hombre no tiene derecho á reducirse á semejante esclavitud, la más dura y vergonzosa de todas. No puede abdicar de su humanidad. Las prácticas del hipnotismo atentando, según resultados adquiridos por algunos sabios, á los derechos de la humanidad, merecen la reprobación pública. Al combatirlos yo, ante la Academia, seguro estoy de su aprobación.» (*Sesiones y Trabajos de la Academia, Noviembre de 1886, p. 695.*)

<sup>2</sup> Véase una conclusión del Dr. Gilles de la Tourette, en el *Hipnotismo y estados análogos, bajo el punto de vista médico-legal*: «Los manejos hipnóticos no deberán emplearse como medio terapéutico, sino en la curación de accidentes que revelan ese estado patológico; médicamente está prohibido, so pena de producir accidentes mucho más graves que los que se pretende curar, hipnotizar á individuos que no presenten síntomas de un histerismo confirmado. (Págs. 280 y 297.)





LA PIEDAD, por MICHELANGELO. ANGEL BUONAROTI.  
(Basilica de San Pedro. — Roma.)





la revelación cristiana á inclinarse ante la realidad de los hechos diabólicos; mas comparándolos con los verdaderos milagros resumidos en la historia religiosa, no podrán menos de exclamar como los magos de Egipto: «El dedo de Dios está ahí.» De esta suerte, incredulidad y superstición contribuirán al triunfo de la fe.

## LA REDENCIÓN

De un astro á la tibia luz  
Que más la sombra ennegrece,  
Se alza un monte, y resplandece  
Sobre la cumbre una cruz.  
Clavado un hombre se ve  
Palpitando todavía;  
Hermosa, pálida y fría  
Hay una mujer al pie.  
¿Qué pena aciaga y traidora  
Secó en sus ojos el llanto?  
Ve morir á su hijo santo,  
Es madre, alienta y no llora.  
¡Compadeced su dolor,  
Inmenso como el vacío!  
¡Vos dáis al alba el rocío;  
Dadle lágrimas, Señor!  
¡Mundo, exclamaba, no sabes  
Que quien sufre este martirio  
Presta sus galas al lirio,  
Sustenta y viste á las aves!  
Al hombre dió libertad  
Ennoblecendo su sér;  
Emancipó á la mujer,  
Y salvó á la humanidad.  
Y ante Él la frente no inclinas,  
Ofreciéndole tu encono,  
Un patíbulo por trono  
Y una corona de espinas.  
Calló y miró al crucifijo,  
El alma en pedazos rota,  
Y en tanto que gota á gota  
Cae la sangre de su hijo;  
Lanzan las turbas menguadas,  
Sin temores ni recelos,  
Maldiciones á los cielos,  
Entre horribles carcajadas.  
Extraños con tal fiereza  
Sois al Dios que os inducía,  
A imperar sin tiranía  
Y á obedecer sin baja.  
Y ya que vivís ufanos  
Con los Tiberios que oprimen,  
Arrastraos donde imprimen  
La planta vuestros tiranos.  
Mas súbito aconteció  
Que el mártir lanzó un gemido,  
Y hondamente conmovido  
El orbe entero osciló.  
Aunque tu Dios no le nombres,  
¡Ay de tí, mundo perverso!  
Ya pregonas el universo  
Lo que le niegan los hombres.  
Y tú, pueblo delirante,  
Que al Redentor has vendido  
Y su rostro has escupido,  
Vaga mísero y errante;  
Llevándote por despojos  
De tu vil obcecación,  
La usura en el corazón  
Y la avaricia en los ojos.

RICARDO GUIJARRO.

## LAS CRUZADAS



ENIENDO la Edad Media por oficio predilecto la guerra, nada más natural que sus jóvenes se dedicaran instintivamente á ejercicios como la caza y el baile, la equitación y la natación, los juegos de pelota y cucha, y los tiros de barra y ballesta, que los adiestrasen para la lucha. Desarrolladas así las fuerzas corporales, desarrollábanse las espirituales, resultando de tal consorcio razas fornidas y creyentes, que sufrían todo género de privaciones y resistían todo género de obstáculos. De ellas había escrito sin duda el Profeta: «Vendrán á Jerusalén muchos pueblos y fuertes gentes á orar ante el Dios de los ejércitos»<sup>1</sup>. Y los pueblos y las gentes vinieron á la mágica evocación del más humilde de los hombres.

No es un Papa, ni un Rey; pero conmueve á Papas y á Reyes. Hijo de sus obras más que de sus padres, como todos los genios; nacido en una de las ciudades del Norte de Francia; de rostro duro, carácter inquieto y palabra elocuentísima; entusiasta como un apóstol, y paciente como un mártir; Pedro siente la sed de lo infinito, sin poder saciarla en las armas ni en las letras, en el matrimonio ni en el sacerdocio. Hastiado del mundo, se retira á solitario yermo, donde, exaltado por la meditación y la penitencia, vislumbra célicos destinos que ha de cumplir con voluntad indómita. Al efecto, peregrina á Tierra Santa, víctima á la sazón de la tiranía de los Seldgincidas, como á poco lo sería de los Fatimitas; vuelve con una carta del Patriarca de Jerusalén, Simeón, para el Pontífice de Roma, Urbano II; y pintando con las más negras tintas las profanaciones del Sepulcro del Redentor y los sufrimientos de la cristiandad de Oriente, merece el encargo de anunciar la primera Cruzada. Vestido de harapiento sayal, los pies descalzos y en la mano un Crucifijo, recorre campos y poblados excitando el misticismo de todos. Y de tal modo arrebató y convenció al recuerdo de los desafueros que presenció, de tal modo excitó la idea de rescatar los Santos Lugares en que se obró el misterio de los misterios, idea que fomentan los temores de nuevas invasiones musulmicas, y que poetizan los sentimientos religioso-caballerescos de la época, que, antes del día señalado por el Papa Urbano, se pone en camino, bajo las bendiciones de los conciliares de Clermont, la vanguardia de las Cruzadas (1095): nombre que se dió á estas empresas en atención á la *Crus roja* que sobre los petos llevaban los que las acometían, como señal del objeto sagrado que se habían propuesto.

A trescientos mil ascendió el número de personas que se lanzaron á aquella primera campaña, hombres y mujeres, niños y ancianos, ricos y pobres, señores y siervos, la mayoría á pie, con trajes distintos, con armas diferentes, sin concierto, ni disciplina, ni otro jefe verdaderamente tal que el bueno de Pedro el Ermitaño. Hasta el recién casado, olvidando sus derechos, hasta el enfermo crónico, olvidando sus achaques, dejan las dulzuras del hogar por las amarguras del campamento. Y los pocos que se quedan al cuidado de los hospitales y de las fortalezas, muestran su pesar en el llanto y su esperanza en la oración por la suerte de los heroicos expedicionarios. ¡Qué alegría en las marchas de aquella nación ambulante! Es el delirio de la fe exaltado por la ignorancia del riesgo y por la embriaguez de la fiesta. El cantar de los mozos y el charlar de los viejos, el predicar de los sacerdotes y el mandar de los caudillos, el pregonar de los mercaderes y el bailar de los juglares, el ladrar de los perros y el relinchar de los corceles, el sonar de los clarines y el rodar de los carros, el ir de los unos, el venir de

los otros y el soñar de todos, en la más santa fiebre por la más santa conquista, despiertan la imaginación menos dispuesta al entusiasmo. ¿Qué importa que el Sepulcro, cuya posesión se ambiciona, esté vacío del cuerpo material de Cristo, si está iluminado por la aureola de la Divinidad; luz que inspira todas las inteligencias, que enardece todos los corazones, que mueve todas las voluntades? ¿Qué importa que, faltos de orden, de plan y hasta de vitualas, tengan los cruzados que vivir de la pesca y de la caza, cuando no de la limosna ó del merodeo, y aun que morir de hambre, quiénes en las montañas de Hungría, quiénes en las playas de la Anatolia, si todos espiran sonrientes, considerando el mundo actual simple pórtico del eterno? ¿Qué importa que un ejército sucumba en holocausto de la Cruz, si vendrá otro de ochenta mil combatientes en que, bajo la espada de Godofredo de Buillón, irán ya alcaldes con sus milicias, nobles con sus mesnadas y abades con sus órdenes, trovadores de todas las cortes y aventureros de todas las guerras; y se tomarán las plazas de Nicea, Edesa, Antioquía y Jerusalén (1099); y se fundará un reino cuya diadema ceñirá Godofredo, sirviéndole de amparo los institutos militares de Templarios, Hospitalarios y Teutónicos?

Cerca de dos siglos duraron tan épicas correrías, desenvolviendo sucesos venturosos, debidos al valor, y sucesos aciagos, debidos á la discordia. Presentidas desde fines del siglo x por el Emperador de Constantinopla, Juan I, y por el Pontífice de Roma, Silvestre II, bastó una chispa para ocasionar aquel inmenso incendio, ocho veces reproducido, de las virtudes más altas y de las defecciones más alevés. A modo de espectros de linterna mágica, vense Papas que bendicen, santos que alientan y príncipes que guían huestes de ciento, doscientos y trescientos mil voluntarios; cristianos de Oriente que traicionan á los de Occidente por interesados manejos con los sultanes Noradino y Saladino; rotas como la de Tiberiades en que el sucesor de Buillón, Guido de Lusignan, pierde libertad y cetro; asaltos como el de la isla de Chipre, anegada en verdadero mar de sangre; Felipe Augusto y Federico Barbarroja, extenuados, cadavéricos, rendidos á las adversidades de la campaña; cincuenta mil niños franceses y alemanes, Cruzada de la inocencia, inmolados por la incauta fe en aras de la sagaz perfidia; una sombra de imperio latino sobre las ruinas del griego; Damietta conquistada y perdida; Federico II de Suabia ascendido al trono de la ciudad de los Profetas gracias á la tolerancia de Al-Kamel, y descendido gracias á la intolerancia de los Templarios; el cautiverio de San Luis en el camino de Babilonia, y su muerte ante los muros de Túnez... ¡Oh! ¿Qué pintor acertaría á trasladar á lienzo perdurable escenas de tal dibujo y colorido?

Francia, Alemania, Italia é Inglaterra fueron las principales sostenedoras de las Cruzadas, no secundándolas apenas las naciones eslavas y escandinavas del Norte á causa de su lucha contra la idolatría, ni la nación ibera á causa de su lucha contra el islamismo. Pero si no directa, respondimos indirectamente, pudiendo asegurarse que sin nosotros no se hubieran verificado aquellas grandiosas empresas. Dueños los musulmanes de nuestra Península y de los mejores puertos del Mediterráneo y del Atlántico, cada navegante cristiano hubiera sido esclavo de un pirata agareno; piratería tan formidable que, aun después de la victoria de Isabel y Fernando en Granada, exigió para ser contenida de las victorias de Carlos V en Argel y de D. Juan de Austria en Lepanto.

Ni la misma Reconquista de nuestro suelo impidió que acudiéramos al extraño, cual demandaban la hidalguía del nombre español y la santidad de la causa católica. Aunque el olvido haya borrado las proezas de sinnúmero de héroes, seglares y ecle-

<sup>1</sup> Zacarías, VIII, 22.



siásticos, que corrieron á engrosar las huestes de Ultramar, la historia ha conservado el recuerdo de poetas catalano-provenzales como Pons de Capdieuil, muerto en batalla, y Godofredo Rudel, muerto en la travesía, sin contar á la novelesca Leonor de Aquitania, nieta de Guillermo IX de Poitiers, mujer de Luis VII de Francia y madre de Ricardo I de Inglaterra, todos cruzados; la historia ha conservado el recuerdo de Alfonso X de Castilla que, bendecido por Inocencio IV, construye una flota en las atarazanas de Sevilla y en las costas de Vizcaya para guerrear contra Berbería (1252 á 53), siquiera las contiendas civiles de sus Estados le distraigan de tan noble propósito; la historia ha conservado el recuerdo de Jaime I de Aragón que, al frente de treinta naves gruesas y bastantes galeras, zarpa de Barcelona con rumbo á Palestina (1269), siquiera fuertes borrascas, al deshacer la mayor parte de la escuadra, le arrojen al puerto francés de Aguas Muertas; la historia ha conservado, en fin, el recuerdo de aquellos Teobaldos de Navarra, padre é hijo, que se unen á San Luis, el I en la triste jornada de 1239 á 40 contra el Asia, y el II en la más triste jornada de 1269 á 70 contra el Africa.

Y no sólo enviamos á las Cruzadas trovadores, princesas y reyes, en medio de la interminable guerra que nos devoraba, sino que, después de vengar con Roger de Flor y Berenguer de Entenza las pasadas felonías de los sectarios de Babilonia y de los fariseos de Constantinopla, enviamos dinero para consolidar piadosas instituciones, no bien dicha guerra nos fué dejando algún espacio. Cuando al pasajero dominio de los cristianos en los Santos Lugares sucedió el secular dominio de los turcos, le contrarrestamos con munificencia, dando los soberanos de Nápoles, Roberto y Sancha, previas licencias del Sultán y del Pontífice, carácter permanente á los establecimientos religiosos fundados allá por el mismo San Francisco de Asís en persona; derechos que pasaron, al comenzar el siglo xv, de la corona napolitana á la aragonesa con Alfonso V *el Magnánimo*, y al terminar aquel siglo, de la corona aragonesa á la española con Fernando V *el Católico*. Desde entonces sostenemos iglesias en que se celebra el culto ortodoxo y hospitales en que se acoge á los peregrinos, aparte el colegio, posteriormente instalado, de donde salen los misioneros de Africa y Asia. Ningún Patronato más antiguo y respetable que el nuestro en el país de los augustos misterios redentores.

El polvo levantado por los belicosos peregrinos del Calvario fecundó la tierra con fecundidad benéfica. Gracias á aquella nueva exaltación de la Cruz, cuyas glorias inspirarían la épica lira del Tasso, se evitó una invasión turca, se dulcificaron las costumbres, se perfeccionaron las leyes; el Arte y la Ciencia ensancharon sus horizontes; la Industria y el Comercio acrecieron en importancia; la Política dibujó los contornos de las grandes nacionalidades; la Geografía mostró el paso de la India para dar la vuelta al globo; la Historia reveló arcanos ocultos en museos y bibliotecas de Constantinopla que desvanecieron las sombras de lo pasado; la Medicina halló plantas que nos devolvieran la salud; la Astronomía descubrió soles que nos acercaran más á Dios; el hombre fué hombre. Hasta el siervo acabó de trocar la esteva por la lanza, ilustró su mente en los viajes, purificó su sangre en las batallas, y, al tornar cruzado, se presentó á su antiguo señor, no como cosa, sino como persona, no como instrumento que ha de venderse con el campo que cultivó, sino como agente libre que, merced al dinero allegado en campaña, ascenderá á colono, á industrial, á comerciante, y organizará milicias, y desempeñará concejalías, mostrando su valer, según le muestran los ciudadanos de las Repúblicas marítimas que visitara. De hoy más su hacienda será su hacienda; su

honor, su honor; su vida, su vida. Y no contento con regir los asuntos locales del Municipio, aspirará á defenderlos en las Cortes.

El feudalismo está herido de muerte. El mérito personal va á emanciparse del dominio heredado. Los humildes vislumbran su regeneración á la santa luz del Evangelio.

ADDÓN DE PAZ.

## EL PECADO MORTAL

¡Pequé, mi Dios! Del vicio que domina  
Víctima fui, postrado en la demencia,  
Y la maldad triunfó de mi conciencia  
Y de mi flaca humanidad mezquina.

Pequé, SEÑOR, contra tu Ley divina,  
Consecuente en el dolo y la licencia;  
Sordo á tu voz, ingrato á tu clemencia,  
Ciego á la fe, rebelde á tu doctrina.

Mas concédeme un soplo de tu aliento,  
Para llorar contrito y humillado,  
Hasta que exhale mi postrer lamento:

Que aunque en la tierra gima condenado,  
Yo te ofrezco, SEÑOR, este tormento,  
Por que me limpies del mortal pecado.

FERNANDO MARTÍNEZ PEDROSA.

## ASOCIACIONES BENÉFICAS

### ASILO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

« Los escribas y fariseos decían á los discípulos de Cristo: ¿Por qué vuestro Maestro come y bebe con los alcabaleros y pecadores? »

Y oyéndolo Jesús, les dijo:

No son los sanos sino los enfermos los que tienen necesidad de médico; porque yo no he venido á llamar á los justos, sino á los pecadores. »

Grabada esta máxima evangélica en el corazón de las Hermanas de la Santísima Trinidad, llevadas por el espíritu de un humilde Sacerdote, el P. D. Francisco de Asís Méndez, en Febrero de 1885 se reunieron siete piadosas y valerosas mujeres, ocupando modesto albergue, situado en el Paseo del Obelisco, y comenzando, sin otro auxilio que el de Dios, su escabrosa labor.

¿Cuál era su propósito?

El mismo que inspiró su fundación de las Adoradoras del Santísimo Sacramento, á aquella santa mujer llamada la Vizcondesa de Jorbalán, cuya primera semilla tanto ha fructificado, que llega á coronarla de gloria.

Las Hermanas de la Santísima Trinidad sembraron el grano de mostaza que había de ir creciendo, á punto de establecerse esta santa casa en la calle de Ferraz, donde se recogen ya los frutos de aquel esfuerzo, de aquella fe, de aquella voluntad más propias de titanes que de jóvenes débiles y educadas con el esmero y timidez propios de las buenas hijas de familia.

La que de entre ellas fué proclamada Superiora, en su aspecto y modales, parecía más bien una niña. Era una señorita de distinción, educada, al parecer, para los goces de la sociedad. Su vocación la llamó á más alto destino. Tres años han bastado á la buena Madre, para ver realizada su meritoria obra.

Siete se contaban las hermanas fundadoras. Diez y siete, aunque son más, fueron las que el domingo último, tomaron el hábito de novicia, de manos de nuestro venerable Prelado, incluso la Superiora, Sor Mariana Allsop y Manrique.

En la casa existen, también, las Hermanas auxiliares entregadas al servicio. El número de cole-

gialas asciende ya á setenta, clasificadas según los diversos grados por que pasan desde su entrada, ó según su procedencia, desde doce años en adelante. Por excepción, hay además, niñas de menor edad, salvadas á tiempo de la postulancia y de los peligros de la vía pública.

La mayoría procede de los Hospitales de mujeres. Jovenzuelas que, dicho se está, no vinieron por su iniciativa. Las Hermanas visitan dos veces cada semana aquellos establecimientos, y autorizadamente, recogen á las dadas de alta: no sin torturas y agravios que ponen á prueba su mansedumbre, catequizan, disuaden á aquellas infelices, las convencen y arrancan de la licencia, del vicio, del abandono de sus padres. Las visten y asean; las dan blanda cama y saludable comida; créanlas familia; y lo que es más que todo, reconstituyen su sér moral, habituándolas al trabajo. Porque en el Asilo, todas trabajan, desde la alpargata y la media, al bordado más fino en oro, sedas y en blanco. Trabajan, se instruyen en los preceptos de la Religión, en la enseñanza elemental, aprenden música, etc., etc.

La ceremonia de la imposición de hábito fué concurridísima y solemne. La linda y modesta capilla no era capaz de contener á los fieles. El coro le ocupaban las colegialas oficiantes. Las jóvenes novicias, acompañadas de sus madrinan, fueron recibiendo una á una, velo, trisagio y rosario que les entregaba el Excmo. Sr. Obispo. Después entonaron á unísono, cánticos de felicidad, de notas vivas y espontáneas que, llegando al corazón, llenaron de lágrimas los ojos de los asistentes, y luego oyeron la tierna y edificante voz del Prelado, que en hermosa plática, en correctos períodos, explicó el sentido de la vocación, el sacrificio que imponen los votos de pobreza, castidad y obediencia, por lo cual la Madre Iglesia no procede de improviso, sino por grados y pruebas al concederlos. Describió en rasgos elocuentes la vida ascética, de que nacieron las órdenes monásticas que más resplandecen en la historia de la reconquista cristiana, y terminó con una exhortación á las nuevas hijas, con una protestación de fe y amor á Dios.

El coro de acogidas entonó el *Te Deum laudamus*, y después de recorrer los departamentos del Asilo, en que reinan orden, limpieza y bienestar, los que no conocíamos de cerca la humanitaria y salvadora Institución, salimos hondamente conmovidos, pensando:

Religión purísima, caridad celica, ¡qué ignoradas acciones creas! ¡qué grandes pensamientos levantas!

Pidamos ahora, á las buenas almas, que visiten el Asilo de la Santísima Trinidad, que contribuyan con donativos y limosnas á su sostén, pues sus necesidades crecen con el constante aumento de asiladas, y el trabajo y los recursos industriales de la casa apenas alcanzan á pagar el crecido alquiler de mil cien duros que al año cuesta. Y el que no se suscriba, que acuda al menos á surtir de los excelentes y baratos artículos que allí se expenden.

Muchas son las obras de caridad á que hay que atender, pero por permisión divina á todas se acude. El grano de mostaza crece, crece, y esta obra de amor al prójimo crecerá.

« Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni entrojan, y vuestro Padre Celestial las mantiene. ¿Por ventura, no sois vosotros mucho más que ellas? »

### ESCUELAS DOMINICALES

En la Habana se propaga esta Institución de una manera satisfactoria. Las escuelas establecidas en aquella capital y sus alrededores dan los mejores resultados. Las señoras encargadas de su dirección trabajan con actividad digna de encomio; el número de alumnas es considerable, y las clases de la sociedad se manifiestan complacidas por los adelan-





EL LAVATORIO.



EL PUEBLO PIDE LA MUERTE DE JESÚS.





CAMINO DEL CALVARIO.



EL SANTO SEPULCRO.



tamientos de las jóvenes que á ellas concurren. Recientemente se ha inaugurado una nueva escuela en el barrio de Monserrate, asistiendo al acto el Reverendísimo Prelado y representantes de las autoridades civiles.

## CRÓNICA

En la Santa Iglesia Catedral oficiará hoy, en la solemne bendición de Palmas, nuestro Excmo. Prelado; el Jueves Santo en la consagración de los Santos Oleos, y á las tres de la tarde, lavará los pies á doce seminaristas elegidos entre los que más se distinguen por su aplicación y buen comportamiento, á los cuales regalará traje completo y limosna. En la Catedral se estrenarán este día, 20 capas pluviales para los Sres. Capitulares.

El Ayuntamiento de Madrid asistirá en corporación, á los Divinos Oficios de nuestra Santa Iglesia, costeando una buena parte de los gastos que estas funciones ocasionan.

— El Emmo. Sr. Cardenal Wladimiro Czacki, que pertenecía á las Congregaciones de Indulgencias, Asuntos del rito oriental y propaganda, Estudios, Negocios eclesiásticos y algunas más, ha fallecido repentinamente en Roma, á la edad de 54 años.

El Cardenal Czacki estaba ligado con vínculos de parentesco, á las principales familias de la aristocracia romana.

Los funerales se celebraron el 13 en la Iglesia parroquial de los Santos Apóstoles, oficiando de Pontifical el Sr. Cardenal Bianchi y asistiendo el Cardenal Rampolla y la mayor parte del Sacro Colegio y los Embajadores de Francia, Austria, España y Portugal.

— Hay una ley vigente en los Estados-Unidos, que prohíbe la blasfemia y se cumple con gran escrupulosidad, sin distinción de clases. Ha poco se impuso una multa de 20 duros á mister Clintock, por jurar públicamente.

Falta nos hacía en España, que la ley y los encargados de llevarla á la práctica, usaran de igual energía para con los impíos y blasfemos, que por desgracia abundan.

— Católicos y adictos á la Sede Apostólica, proyectan la publicación de un libro en el que se consigne cuanto en honor de León XIII ha hecho el mundo católico, en el Jubileo Sacerdotal.

— Los seminaristas pobres, merecen protección especial del Rmo. Prelado de esta Diócesis; el cual á poco de constituida creaba una suscripción permanente á su favor.

Es innecesario advertir el bien que se hace contribuyendo con poco ó con mucho, al sostenimiento de estos seminaristas, que habrán de ser un día representantes y Ministros del Señor.

Como el Excmo. Sr. Obispo decía, la empresa de la formación del Clero puede asegurarse constituye objeto preferente de la caridad.

Sin Sacerdotes virtuosos é impuestos en la ciencia, no pueden existir parroquias atendidas con celo, ni Comunidades religiosas dirigidas con acierto, ni una frecuente administración de los Sacramentos; sin Sacerdotes, se extinguiría la fe en los entendimientos y el amor de Dios en los corazones.

Tal es la importancia de la formación de Ministros dignos de la Iglesia.

En la Secretaría de Cámara de este Obispado está abierta la suscripción para los seminaristas pobres; las almas caritativas no lo echarán en olvido.

— Las Santas Misiones de la Catedral han sido solemnísimas, habiendo acudido á ellas un considerable número de fieles.

Los RR. PP. José María Vélez y Julián Curiel,

encargados el primero de la plática doctrinal y el segundo del sermón moral, ambos son predicadores de gran sabiduría y de palabra elocuente y merecen el elogio de cuantos tuvieron la dicha de escucharles.

— La peregrinación catalana á Roma se efectuará al fin, vencidas cuantas dificultades se oponían á su realización. Saldrá de Barcelona el 23 de Abril, día en que se celebra la festividad del glorioso San Jorge, patrón de Cataluña. La peregrinación presentará á Su Santidad un album que contiene 60.000 firmas, el cual, encuadrado en piel de Rusia con cantoneras de plata y los escudos de León XIII y del Prelado de la Diócesis de Barcelona, va colocado en una caja forrada de raso color morado.

También con dirección á Roma partirán de Viena el día 4 del próximo Abril 2.000 peregrinos con objeto de ofrecer á León XIII su inquebrantable adhesión y felicitarle por su Jubileo.

— El Doctor Martínez Molina, el insigne discípulo de Argumosa, Toca y Fourquet, ha fallecido en Jaén. Siempre propicio para el bien, los pobres tuvieron en él un protector cariñoso.

Conservaba, de los cargos que en otro tiempo desempeñó, el de Médico-director de nuestro Asilo, habiendo sido amigo afectuoso de la fundadora del mismo, la inolvidable Doña Ernestina Manuel de Villena.

Su vida fué la de un honrado obrero de la ciencia, amado y respetado de todos. En sufragio de su alma, se celebró una Misa de Requiem, el jueves, en nuestra Iglesia.

También ha pasado á mejor vida, el pintor de historia D. Rafael Díaz de Benjumea, esposo de la distinguida Sra. Doña Guadalupe Arrazola.

Quedan de la vida artística de D. Rafael, numerosas obras, especialmente retratos, que era el género á que más se dedicaba.

— Los temas que se pondrán á discusión en el Congreso nacional de arquitectos, que ha de celebrarse en Barcelona en la primera quincena de Julio próximo, son:

1.º Determinar el modo cómo influyen la naturaleza y condiciones de los materiales en las construcciones arquitectónicas, bajo el triple concepto artístico, científico y económico.

2.º Influencia que pueden ejercer los arquitectos, en su calidad de directores facultativos, para el mejoramiento de las condiciones higiénicas de las habitaciones, y medios que la administración municipal pueda emplear, sin vulneración del derecho de los propietarios, para que éstos coadyuven á conseguir por su parte tan importante mejora.

3.º ¿Cómo podría obtenerse que los oficios é industrias auxiliares de la construcción arquitectónica recuperaran, en el concepto artístico, la importancia que tuvieron en otras edades?

4.º Naturaleza peculiar de la urbanización, y necesidad de legislar particularmente acerca de la misma.

5.º Medios que podrían adoptarse para disminuir el número é importancia de las desgracias personales que ocurran en la erección de los edificios, y manera de subvenir al auxilio de tan deplorables accidentes en los obreros que los sufran.

## NOTAS SUELTAS

### SAETAS

Padre torpe, que á tus hijos enseñas á blasfemar; cual te vuelves contra Dios, contra tí se volverán.

\* \*

Amigo de la taberna, tú no has llegado á pensar que hay ebrios que se durmieron y no despertaron más.

\* \*

Necio, que ansías del mundo galas, pompa y vanidad: ¿por qué no aspiras al bien y sólo envidias el mal?

\* \*

Son adúlteros los dos, se casaron sin amar; ahora empiezan á vivir... ¡Qué larga muerte tendrán!

\* \*

Vil esclavo del tapete, cuando líquides, verás cuánto jugaste al perder, cuánto perdiste al ganar.

\* \*

Tendero, que cuando vendes ajustas las cuentas mal; mira que todas tus cuentas al cabo se ajustarán.

\* \*

Sér, vencido por la gula que nunca logras saciar; tú eres mucho más hambriento que ese á quien niegas el pan.

\* \*

Lengua, que tanto te mueves para herir y calumniar; viborilla de salón; el mundo te pisará.

\* \*

Son tus honores deshonras; tus acciones, capital. ¿Qué te queda? ¿El alma? No. Se la diste á Satanás.

\* \*

— ¿Qué torre es esa que pasa?  
— ¡La soberbia personal!  
— ¿Y un enano es quien la lleva?  
— Sí, la triste realidad.

\* \*

¡Te has hecho dueño de todo! Tu codicia es como el mar, pretende llegar al cielo, pero no llega jamás.

\* \*

*Resumen de la ciencia mística.*

Pierde, si quieres ganar, baja, si quieres subir, pena, si quieres gozar, muere, si quieres vivir.

JABON REAL **VIOLET** JABON  
DE **THRIDACE** unico inventor **VELOUTINE**  
29, R. de la aliene, Paris  
Recomendados por autoridades médicas para higiene de la Piel y Belleza del Color.



## ARTICULOS RELIGIOSOS

25, Preciados, 25

(Frente á la Plaza del Callao)

ESTATUAS RELIGIOSAS

OBJETOS DE ARTE

Especialidad en adornos y recuerdos para cementerios, muy principalmente en coronas fúnebres, todo procedente de las primeras fábricas de París y Viena.

25, Preciados, 25, Madrid.

Tip. de los Huérfanos, Juan Bravo, 5. — Teléfono 2.198.